

El premio

Javier Bravo



Image not found.

Capítulo 1

El premio

Beatriz se encontraba en la cocina preparando la cena al igual que todos los días. El menú para hoy consistía en verduras salteadas con pollo al horno. Ya eran casi las siete de la tarde y su esposo Martín estaba por llegar desde el trabajo. Él se desempeñaba en una vulcanización y siempre su hora de arribo a la casa en su bicicleta bastante a mal traer, era entre las siete y ocho de la noche. Por su parte ella era dueña de casa, y todos los días se encargaba de mantener pulcra toda la casa y tener la comida lista a su debido tiempo. Su hijo, Pedro, pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación jugando con su consola o usando la computadora, y no le cooperaba demasiado en las labores hogareñas. No le desanimaba ser la encargada de velar porque todo funcionara bien en su casa, pero lo que si la alteraba emocionalmente era no tener dinero para sostenerla. Martín ganaba un sueldo demasiado bajo, y con mucha suerte les alcanzaba para sustentar la olla las dos primeras semanas. Después de ese periodo, alguno de los dos se encargaba de buscar por todos lados financiamiento para lograrlo. Lamentablemente era el peor error que podían cometer, puesto que se veían en la obligación de endeudarse en demasía, y después no podían pagar tales deudas.

Cuando Beatriz se encontraba sola en casa por las tardes, solía sentarse largo rato en el único sofá ubicado en la sala de estar, deshilachado en sus brazos por las garras de Rambo, la mascota felina de la familia. Colocaba la cabeza encima de sus piernas y lloraba, a veces por minutos, otras durante horas. Anhelaba una vida mejor, junto a su querido hijo y amado esposo, pero por más que la deseara con muchas ansias, sabía que jamás lograría tenerla.

Mientras aliñaba el ave con sus especias de siempre: comino, ajo, albahaca y limón, suena el teléfono en la sala de estar. Una, dos, tres veces sonaba el tono de llamado y nadie contestaba. Pedro probablemente no lo escuchaba desde su habitación.

— ¡Hijo, por favor, contesta el teléfono. Quizás sea tu padre! —gritó la mujer de forma ensordecedora, asomando la cabeza por fuera de la puerta de la cocina, pero no tuvo respuesta alguna—.

Seguía sonando y sonando, y se vio en la obligación de acudir a levantar el auricular con sus manos impregnadas a condimentos.

— ¿Aló?

Comenzó a sonar una música bien pegajosa, característica de la multitienda Megaofertas, la más famosa de la pequeña ciudad de Chillán. Después, una grabación bastante robótica empezó a relatar:

—Estimada señora Beatriz Alfaro, nos hemos puesto en contacto con usted para informarle que ha sido partícipe de un sorteo que realizamos entre los clientes de su tienda favorita Megaofertas, y resultó ser la brillante ganadora de quinientos mil pesos. Para cobrar su premio debe acudir de inmediato a nuestra sucursal ubicada en la calle 5 de abril del centro de la ciudad. ¡La esperamos!

La emoción se desbordó por sus poros. Simplemente no lo podía creer. Jamás en su triste y pobre vida había logrado ganar un premio. Tampoco en la lotería y los bingos que se realizaban en la junta de vecinos. Ni siquiera de los raspes que compraba en el quiosco de la esquina de cuadra. Colgó el auricular con euforia, y corrió por las escaleras para contarle a su hijo lo que había acontecido. Abrió la puerta del cuarto, pero se encontraba vacío. Entonces recordó que Pedro se encontraba en la casa de un compañero estudiando para un examen. Se guardó su emoción, a excepción de la sonrisa que nadie lograría quitar de su rostro pálido y desaliñado.

Decidió esperar a su esposo para acudir con él a retirar el premio, y para cuando Martín llegó, la cena no estaba ni siquiera totalmente aliñada.

— Hola cielo, ¿cómo estás? —pregunto el hombre al pasar junto a su bicicleta por el jardín de la casa, mientras ella lo esperaba en el umbral de la puerta—.

— De maravilla cielo, ¡no vas a creer lo que pasó! —exclamó con euforia—.

Le contó todo lo acontecido, y Martín también se alegró de la suerte de haber ganado dicho premio, aunque no pareció creerse por completo lo sucedido. De todas maneras iría a cobrarlo de inmediato, ya que de ser así, ese dinero le aliviaría bastante la crisis por la que estaban pasando en esos días.

Sin siquiera comer algo, ambos salieron a visitar la tienda para buscar el preciado premio. Hablaron con un par de personas que efectivamente le confirmaron que lo había ganado, y según uno de los altos mandos de la tienda era para agradecer “la gran preferencia de sus clientes para con Megaofertas S.A.”. Después de firmar un par de documentos y esperar a que todo el proceso se hiciera efectivo, recibieron el cheque.

Con una sonrisa de oreja a oreja volvieron a sus casas, con el documento valioso guardado cuidadosamente en la cartera de Beatriz, y que mañana durante la mañana irían a hacer efectivo al banco. Al llegar a casa ella retomó la preparación de la cena con alegría, y puso su mayor esfuerzo para que quedara deliciosa y en familia los tres disfrutaran de un agradable y lindo momento. <<Los milagros existen>>, pensó ella, y el que sucedió hoy era uno.

Al día siguiente se levantó a las siete de la mañana con tal de estar a primera hora en la fila del banco junto a Martín, quien un poco a regañadientes se deshizo de su pereza para acompañarla. Mientras se vestía y maquillaba Beatriz pensó en todo lo que compraría con ese dinero, y además todas las deudas que podría saldar. Estaba tan feliz.

Tomaron la micro Línea 4 para llegar de forma expedita al centro, y a las ocho con treinta y cinco minutos de la mañana ya estaban esperando en la fila para realizar el trámite. Cinco, diez, quince minutos tuvo que aguardar para llegar finalmente a la caja y obtener el dinero. Salieron del banco ambos con una gran sonrisa, y Beatriz, con el fardo de billetes muy apretados en su mano intentó guardarlo dentro de su cartera negra para tenerla segura. Fue en ese momento cuando una mano veloz le quitó con mucha fuerza el rollo de dinero, y vieron a un individuo vestido de negro corriendo despavoridamente a través de la gente que a esa hora transitaba. Dio un grito de auxilio, y Martín, estupefacto al principio, decidió ir en persecución de ese sujeto.

Beatriz vio como se alejaba su esposo en busca del ladrón que se llevó su tan preciado dinero. Salió a la siga de ellos, corriendo y llorando desconsoladamente. La gente a su alrededor la miraba con desconcierto, y más de alguno le preguntó que le sucedía, a lo que ella no puso atención. Avanzó cuatro cuadras aproximadamente, hasta llegar a una esquina en donde había un cúmulo de gente rodeando algo que se encontraba en el piso. Pensó en su dinero que quizás se encontraba tirado, y la gente oportunista se lo estaba llevando. Corrió más rápido aún, hasta que llegó al lugar atestado de gente. Pero no era dinero el que se encontraba en el piso, ni tampoco la gente peleándose con avaricia. Era Martín, tumbado de espaldas, con dos manchas gigantescas de sangre en su pecho y gorgoteando sangre por la boca. Lloraba, y con dificultad mencionó el nombre de su amada esposa Beatriz, antes de que su respiración cesara por completo y un charco de sangre bajo sus espaldas terminara por confirmar lo peor que podía sucederle a la familia Carmona-Alfaro.

La ambulancia acudió al lugar en minutos, y nada pudieron hacer los paramédicos y el enfermero para volverlo a la vida después de muchos minutos de reanimación. Beatriz estaba fuera de sí y lloraba desesperadamente por su amado Martín. Pensaba en el premio, maldiciendo el día en que lo ganó y donde el maldito dinero ganado le

arrebató la vida de su esposo.

Pasaron varios días después del incidente, y Martín había sido sepultado durante la mañana. Después de aquello, y vestida completamente de negro, Beatriz se sentó junto a Pedro en el sofá, se abrazaron y lloraron por la gran pérdida. Seguirían siendo pobres, más aun ahora que ya no tendrían el sustento del jefe de hogar, y un futuro no muy prometedor les deparaba a ambos. Cuán bien les hubiese venido esa suma de dinero y cuánto les hubiese ayudado para salir de las deudas. Pero el dinero fácil la mayor parte de las veces suele venir acompañado de sombras y tragedias. Ésta era una de ellas, y ningún premio podrá pagar la deuda que tendrá Beatriz para toda la vida, el amor que le quedó debiendo a su querido Martín.

Fin